

CONFESIÓN Y NICODEMO EL FARISEO: UN ESTUDIO COMPARATIVO

Confession *and* Nicodemo Fariseo: *a comparative study*

Anna HAMLING

University of New Brunswick

Correo-e: Anna.Hamling@unb.ca

Fecha de recepción: 23/2/2009; aceptación definitiva: 30/4/2009

RESUMEN: Unamuno admite la viva impresión que había dejado en él lo que había leído de Tolstoi, en quien reconocía un espíritu afín, lo que se ve por las palabras de Unamuno que indican la influencia de las ideas de Tolstoi en todos sus lectores:

Y Tolstoi, el gran egoísta según los pequeños egoístas, el pródigo de su yo, nos lo ha dejado, nos ha dejado su yo, que es nuestro yo, es de cada uno de los que leemos sus obras, sus actos, y enriquece nuestro yo (4:1395, *El egoísmo de Tolstoi*).

En este artículo se intenta analizar las ideas convergentes del pensamiento religioso de los dos escritores a través de la *Confesión* de Tolstoi y de *Nicodemo el Fariseo* de Unamuno. Se analizan las ideas religiosas de Tolstoi y Unamuno, las cuales están vinculadas con su personalidad y sus acciones.

Palabras clave: antiintelectualismo, el dogma, la fe pura.

ABSTRACT: Unamuno acknowledges the lasting impression left on him through his reading of Tolstoy, who he recognised as being of a similar spirit, as Unamuno's own words indicate the influence of Tolstoy's ideas amongst all his readers:

And Tolstoy, the great egoist according to the lesser egoist, the lavish promoter of his own being, has left that to us. He has left us his being, which is our being, of each one of us who read his works, his acts, and it enriches our being (4:1395, *The Egoism of Tolstoy*).

The objective of this archive is to analyse the convergent ideas in the religious thinking of both writers in the *Confession* by Tolstoy and *Nicodemus Fariseus* by Unamuno.

The religious ideas of Tolstoy and Unamuno, which are linked to their personalities and actions will also be analysed.

Key words: antintellectualism, dogma, pure faith.

Al comentar el espíritu de la religión quijotesca de Unamuno, un intento de amalgamar el cristianismo evangélico y la mística de la libertad, para inspirar la reforma interior de España, Cerezo Galán lo compara brevemente con el «evangelismo sencillo y cordial, pacifista y fraterno, que había ensalzado también Tolstoi». Más adelante, en una nota, menciona el evangelismo tolstoiano de paz e igualdad que tanto había influido en el anarquismo español (Cerezo Galán, 324 y 370). Mas por las palabras de Unamuno sabemos que Tolstoi había sido «una de las almas que más hondamente» había sacudido la suya y que sus obras le habían dejado «profunda huella» (García Blanco, 487).

En un artículo publicado en la *Nación* el 28 de octubre de 1914, «Un extraño rusófilo», mediante el cual delimita su conocimiento de la literatura rusa, Unamuno dice: «Todo lo que de Rusia, de mi Rusia, sé, es lo que por algunos libros, sobre todo uno inglés, de Mackenzie Wallace, ya algo antiguo... y sobre todo, por las obras literarias rusas —naturalmente traducidas!— he adquirido» (9:1248). En esta cita se menciona a Tolstoi entre otros. ¿Leería Unamuno la *Confesión*? En el *Nicodemo el Fariseo*, conferencia leída por Unamuno en el Ateneo de Madrid el 13 de noviembre de 1899, alienta el espíritu de la *Confesión*, no solo en el sentido de que es la confesión pública de un estado anímico, resultado de una honda crisis espiritual que renace desde hacía un par de años, sino porque en el *Nicodemo* como en la *Confesión* apuntan actitudes y posiciones que informarán el pensamiento religioso de Unamuno y Tolstoi en sus estadios ulteriores en su trayectoria espiritual.

En primer lugar, cabe señalar el antiintellectualismo, pues es la nota dominante en ambos escritos. Con hastío, Tolstoi se escudriña a sí mismo y al ámbito intelectual cuyos miembros elevaban la profesión literaria al papel de enseñanza de la humanidad y de una misión civilizadora de la que Tolstoi duda, sobre todo porque cada cual de esos individuos entendía tales metas de una forma discordante y arrogante (9:10, *My Confession*)¹. Unamuno, por su parte, se queja del ambiente académico en que se mueve; de la «enfermedad terrible» que es el intelectualismo «que agota las fuerzas de los distinguidos, de los que a sí mismos se tienen por la flor y nata del humano linaje, de los que fingen creer que sólo sirven los millones de los sencillos que callan, oran y trabajan...». Y, a continuación, confiesa haber padecido

1. Para este artículo hemos empleado el tomo IX de *The Completer Works of Lyof N. Tolstói*. New York: Thomas and Crowell & Co., 1899. No se da el nombre del traductor. Este tomo incluye: *My Religion*, *My Confession* y *The Gospel in Brief*.

esa enfermedad y padecerla «tal vez más de lo debido (7:367, *Del sentimiento*). La idea de la humanidad callada y humilde contrapuesta a una minoría intelectual que pretende guiarla mediante los mandatos de la razón es evidente en ambos escritos.

El gradual camino de Tolstoi, desde el nihilismo al Evangelio, a través de ansiosas investigaciones y de la observación de los que le rodeaban: desde los miembros de la alta sociedad a la que pertenecía hasta los humildes campesinos que trabajaban en sus tierras, le lleva a reflexionar en la religiosidad de los humildes. Ya sabía que era inútil intentar sacar el sentido de la vida de los privilegiados del mundo, «los parásitos», como él los llama, y que había que entender el significado que daban a la vida los trabajadores, el pueblo ruso. Ese sentido de la existencia salía de la voluntad de Dios que había creado al ser humano dándole el albedrío de salvar el alma o perderla. La salvación estriba en la renuncia a los placeres del mundo, en la aceptación de todos los males y en la humildad (9:59, *My Confession*).

En el curso de su reflexión había tropezado con factores contradictorios: o lo que él había considerado como regido por la razón, no lo era; o lo que él solía considerar como irracional no lo era del todo. Las respuestas de la fe son irracionales, pero son las únicas que dan cuenta de la relación de lo finito y de lo infinito, que sitúan al ser humano ante la inmensidad del universo, creación de Dios (9:42, *My Confession*). Se oye a Nicodemo reflexionando de la misma manera: «Tiene sin duda, la religiosidad... raíces arraigadísimas en las entrañas del espíritu humano, y puede llegar a provocar un estado tal de la fantasía que penetre ésta en el tuétano de verdades cerradas a la mera razón lógica...». A los sencillos que van más allá de «la costra de la letra», y que «descienden al espíritu, quebrantando el dogma, van a la fe pura, a éstos sí que puedo preguntarles cómo se hace aquello» (7:375, *Nicodemo*).

Al recrear las palabras de Jesús que habla a Nicodemo, Unamuno parece moldearlas en el largo recorrido espiritual de Tolstoi. Nicodemo podrá encontrar la paz y la sabiduría espiritual «de los videntes» que tanto ansía, «por vías de sufrimiento, de sacrificio y de humildad». Alcanzará «la ciencia del amor por estudio del dolor», no por medio de las tergiversaciones del intelecto (7:376).

En la *Confesión* Tolstoi cuenta que la fe que alentaba en la gente sencilla a la que quería aunarse, se apoyaba en ritos y dogmas de cuyo valor él dudaba. Dice que los teólogos rusos de sus días le ayudaron, al explicarle que el dogma fundamental de la fe es la infalibilidad de la Iglesia; que aceptando el dogma se acepta como verdad todo lo que la Iglesia enseña, como unión de feligreses unidos por el amor, lo cual la hace poseedora de la verdad. Tal llegó a ser el fundamento de su fe. Se convenció a sí mismo pensando que la divina verdad se puede alcanzar tan solo en la unión de todos mediante el amor.

En aquel entonces, dice, no percibía el sofisma de tal razonamiento. No percibió que aunque la unión mediante el amor al prójimo puede acrecentar tal sentimiento al máximo, nunca puede revelar la divina verdad. Al obedecer los preceptos de la Iglesia, sometió la razón a la tradición a la que adhería la mayor parte de la gente. Sintió que se aunaba a sus antepasados, a todos los seres que le antecedieron

y dieron vida. Se sintió unido a los millones de gentes a las que respetaba y amaba (9:62, *My Confession*).

En la misa, las palabras que más importantes le sonaban eran: «Amémonos en unidad». Lo que sigue, la confesión de la creencia en la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu santo, las saltaba porque el sentido se le escapaba (9:63). Ahora bien, este quedarse Tolstoi silencioso en el momento de pronunciar el dogma de la Trinidad, durante la misa en que él se aunaba en los rezos con todos los feligreses, por fuerza nos hace asociar estas páginas de la *Confesión* con *San Manuel Bueno, mártir*. La voz de Don Manuel se zambullía perdiéndose en la voz unísona de los feligreses en el punto del «Creo en la resurrección de la carne...» y no en el dogma de la Trinidad, es cierto, pero lo que importa es sugerir la persistencia de esa «honda huella», que en esta coyuntura habría que explorar en relación con la crítica de los dogmas, ya aparente en la *Confesión* y en *Nicodemo el Fariseo*. Por los comentarios generales, a continuación, se ve que Tolstoi y Unamuno consideraban los dogmas como una racionalización o intelectualización de la fe, contrapuesta a la fe viva.

La Iglesia como institución tergiversa y complica racionalizando lo que no puede racionalizarse. Cuenta Tolstoi que en cuanto empezaba a discutir con miembros de la Iglesia y a consultar sus escritos, resurgían en él el desasosiego, las dudas y la irritación. Cuanto más estudiaba sus discursos, tanto más se sentía al borde del precipicio (9:66, *My Confession*).

Hay otra razón por la cual los dos autores se alejaron de sus respectivas Iglesias. Como comenta Tolstoi en la *Confesión*, la relación de la Iglesia Ortodoxa con otras religiones no se regía por un estatuto de igualdad. Tolstoi estaba en contacto con los fieles de otras creencias: católicos, protestantes, dukhobors. Según el conde, la vida moral que llevaban los fieles de otras creencias constituía la vida religiosa a la que quería hermanarse en espíritu. El hecho de que, por una parte, la Iglesia Ortodoxa acusa de herejía a todos los que no profesan una fe idéntica a la suya y que no la expresan por medio de símbolos y palabras semejantes a las suyas, y que por otra, los católicos y los miembros de otras religiones consideran herejes a los ortodoxos, no tiene sentido (9:67, *My Confession*).

Unamuno, por su parte, asegura que considera cristianos a todos los que invocan con respeto y amor el nombre de Cristo. Le repugnan los ortodoxos, sean católicos o protestantes, que niegan el cristianismo a todos los que no interpretan el Evangelio como ellos. Como ejemplo de intransigencia Unamuno menciona a los protestantes que niegan que los unitarios sean cristianos (8:371, *Mi religión*).

El dogma de la Iglesia no es compatible con el punto de partida de los dos autores; unir a todas las religiones por medio del amor en Dios; unir no separar, anhelar el ideal aunque sea inasequible. En el ensayo *Sobre la vida*, Tolstoi comenta que en el mundo hay centenares de religiones, pero que todas tienen la misma esencia: el amor ágape, la compasión, aunque tienen formas y expresiones exteriores diferentes (26:330). Según Unamuno, nacieron sectas, escuelas, disidencias, dogmas por fin. Y ahora las distintas confesiones cristianas luchan entre sí (1:963).

Para los dos autores, el cristianismo institucionalizado es una religión muerta que ha perdido la compasión de la religión verdadera. El hombre de carne y hueso está perdiendo el sentido de la vida moral porque está dominado por los fetiches de la ciencia y de la tecnología.

La protesta contra el materialismo de la Iglesia, y la interpretación del dogma según el objetivo de fines financieros, los lleva a la apreciación del alma sencilla del hombre común que se vincula con el cristianismo primitivo y evangélico, no con doctrinas históricas que habían encasillado al ser humano en unas u otras instituciones. Acusan, Unamuno en *La fe* y Tolstoi en la *Respuesta al Sínodo*, de haber desnaturalizado la vitalidad de los primeros siglos del cristianismo cuando la fe era ardiente y significaba una experiencia concreta:

El intelectualismo es quien nos ha traído eso de que la fe es creer lo que no vimos, prestar adhesión del intelecto a un principio abstracto y lógico, y no confianza y abandono a la vida, a la vida que irradia de los espíritus, de las personas, y no de las ideas, a tu propia vida (2:264, *La fe*).

Tolstoi observa en la *Confesión* que el conocimiento racional presentado por los clérigos entorpece el sentido de la vida, mientras que los seres humanos de alma sencilla sacan el sentido de la vida a través de un conocimiento intuitivo (9:66, *My Confession*).

El hombre común es para Unamuno y para Tolstoi el hombre que todavía no está imbuido por la filosofía, el hombre para quien Dios es una persona viva del Evangelio, no una idea ni una abstracción. A la gente sencilla Dios se le revela por sentimientos íntimos, por la vía del corazón. La doctrina produce el divorcio entre la fe instituida y la vida, la separación entre la verdadera vida religiosa y las prácticas impuestas por la Iglesia como institución.

A Tolstoi le resulta imposible aceptar los sacramentos de la Iglesia. En la *Respuesta al Sínodo Santo*, pone en tela de juicio los sacramentos. Hay un pasaje en la *Resurrección* de Tolstoi que implica la burla de la trivialización de la eucaristía:

El servicio a Dios consistía en lo siguiente: en la cárcel el cura en ropa extraña, incómoda, cortaba los pedacitos del pan, después los ponía en el vino, murmurando los nombres y las palabras de la oración. Luego tomó el vaso entero de la sangre y comió todos los pedacitos del cuerpo divino, limpió el bigote con mucho cuidado, luego limpió el vaso, les pidió a los fieles que comieran el cuerpo divino y bebieran la sangre divina que se encontraba en el vaso (12:135).

[«Богослужение состояло в том, что священник, одевшись в особенную странную и очень неудобную парчевую одежду, вырезывал и раскладывал кусочки хлеба на блюде и потом клал их в чашу с вином, произнося при этом различные имена и молитвы. После этого священник отдернул занавеску отворил средние двери и пригласил желающих тоже поесть тела и крови Бога, находившихся в чашке» (135)].

Tolstoi se burla también del sacramento de la confesión, explicando que la Iglesia moralizante permite las matanzas durante la guerra, ya que los creyentes de

todas formas pueden confesarse y el pecado disminuirse con una ofrenda monetaria al clérigo. En la *Respuesta al Sínodo Santo* clama que la doctrina de la Iglesia constituye una mentira que oscurece el sentido de la enseñanza de Cristo (*Tolstoy and his Problems*, Maude, 285).

Unamuno también comenta que el pecado no es tan grave si podemos confesarlo; pero según la Iglesia el pecado más grave es el de no obedecer las doctrinas de la Iglesia y pensar por cuenta propia (7:154, *Del sentimiento*).

Para Tolstói la fe constituye la realización de la enseñanza de Cristo que como cualquier enseñanza religiosa tiene dos vertientes: la enseñanza de la conducta en la vida y la explicación del porqué la gente debería vivir de cierta manera y no de otra. Estas dos versiones de la enseñanza de Cristo se encuentran en todas las religiones del mundo (28:466, *La Iglesia muerta*). La Iglesia explica la enseñanza de Cristo según su propia interpretación insistiendo en los dogmas. Niega la enseñanza de las reglas éticas de los Evangelios para conseguir sus propios fines.

En su *Crítica de la teología dogmática* Tolstói analiza los dogmas de la encarnación, de la infalibilidad de la Iglesia, de la gracia, de los misterios, de las retribuciones, de la justificación y de la resurrección y los rechaza como elucubraciones artificiosas. Analiza los sacramentos y señala varias manipulaciones del significado originario. Comenta que los teólogos predicán que la Iglesia es la unión de todos los fieles, el cuerpo de Cristo, pero dice que todo es un adorno de la lengua para enfatizar la importancia de la institución humana y para asegurar la continuación de la jerarquía de los entes humanos (23:334, *La crítica*). Censura la Iglesia por arrogarse el derecho exclusivo de la enseñanza que pretende basada en el dogma de la infalibilidad (23:443, *La crítica*).

En Unamuno la crítica de los dogmas, presente en varios escritos, nunca es extensa ni adopta el carácter sistemático del tratado de Tolstói. Pero hay que parar mientes en que incluso la metódica crítica de Tolstói brota de esa sensación intolerable que le acercaba a la sima de la desesperación como se ha notado arriba, y es esta actitud existencial ante los dogmas la que prima en Unamuno y que apunta ya claramente en *Nicodemo el Fariseo*, el intelectual, en el que se desdobra Unamuno desahogando su ansia de creencia.

En el capítulo «Verbo y letra» de *Agonía del cristianismo* vuelve a recalcar la tradición oral, la palabra que vivifica y que transmite el espíritu de creencias milenarias sin la palabra escrita, pues con la letra «nació el dogma, esto es el decreto. Y la lucha, la agonía fue dentro del dogma y por el dogma mismo, en virtud de la contradicción misma que el dogma lleva en sí, porque la letra mata» (7:318).

¿Conocería Unamuno *My Religion*, uno de los escritos de Tolstói del que existía una traducción al inglés desde 1899? ¿Se podría arriesgar una respuesta positiva? Unamuno, hay que recordarlo, escribió un breve pero importante artículo *Mi religión* en 1907, en el que resume su postura existencial ante el misterio: «Mi religión es buscar la verdad en la vida y la vida en la verdad, aun a sabiendas que no he de encontrarla mientras viva; mi religión es luchar incesantemente e incan-

sablemente con el misterio» (3:259, *Mi religión*). ¿O es una simple y muy plausible coincidencia?

En *My Religion* Tolstoi hace un examen del cristianismo que encierra, de paso, una crítica del positivismo. Por mucho que la ciencia y la filosofía se jacten de ser los árbitros de la mente humana, son tan solo sus servidoras. La religión es la que señala el camino y la ciencia no hace sino recorrer un camino bien andado, pues la religión revela el sentido de la vida de los hombres. Sigue explicando: si la religión proporciona un sentido falso a la vida humana, la ciencia no puede sino adoptar, bajo distintas circunstancias, esa falsa noción. Esto es lo que ha pasado con nuestra filosofía científica euro-cristiana, subraya Tolstoi (9:168, *My Religion*). Entre las enseñanzas erróneas discute el dogma de la resurrección que, según lo que los teólogos enseñan, es el fundamento de la fe cristiana; pero, objeta Tolstoi, este dogma se basa en una interpretación errónea de varios pasajes de los Evangelistas, los que Tolstoi cita a pie de página (9:186, *My Religion*). No se formula claramente, en ningún lugar, la resurrección de Cristo. La enseñanza de Cristo, sigue Tolstoi, consiste en elevar la esencia del ser humano reconociéndolo como hijo de Dios. Cristo nos habla de una vida universal, unida con la vida de la humanidad, pasada, presente y futura, la vida del hombre.

Tolstoi no duda que su vida personal no perdurará, pero la de la humanidad toda no perecerá y el hecho de pertenecer a la humanidad le da la posibilidad de salvación. No es mucho, dice, en comparación con la sublime creencia en una vida futura, pero es segura (9:197). Con un muy bello símil, de tono plenamente existencial, dice que es como si alguien nos hubiera dicho: esas luces a lo lejos no son las de una aldea donde te espera el descanso, son engañosas y te perderán, sigue por el duro camino, éste te llevará a la salvación (9:198). La Iglesia tiene sus explicaciones pero ¿de qué?, pregunta Tolstoi, si no enseña un Evangelio que sostenga la vida, es inoperante. ¿Habrá influido en Unamuno este texto particular, uno entre otros que habrá leído sobre este tema, tan penosamente arraigado en él? Al final del capítulo, «La esencia del catolicismo» en *Del sentimiento* considera la inmortalidad y salvación eterna del alma individual como una solución católica a este problema vital. Y, como dice, la solución «satisface a la voluntad, y por tanto a la vida; pero al querer racionalizarla, con la teología dogmática, no satisface a la razón... que tiene sus exigencias, tan imperiosas como las de la vida» (7:154). Unamuno converge con Tolstoi al admitir que el dogma de la resurrección es una racionalización, solo que según Tolstoi, no ayuda a la vida, dada su premisa errónea. En Unamuno, la voluntad de esperanza en la inmortalidad del alma individual se sitúa en la tradición paulina cuyo origen es la Carta a los Corintios de la que cita: «Si no hay resurrección de muertos, Cristo tampoco resucitó, y si Cristo no resucitó, vana es nuestra predicación, vana es también nuestra fe» (1:1179, *Plenitud*).

La convergencia fluye más a fondo, sin embargo, y depende del deseo de darle a la vida un sentido y una autenticidad que iba perdiendo.